

LA PUERTA DEL INFIERNO

por

SCHEHEREZADE

Era noche oscura como boca de lobo. Por las cuatro esquinas soplaba un cierzo que helaba los deseos. Las calles estaban blancas y tan heladas que solo podíamos andar agarrándonos a paredes y esquinas por los caminos que por la mañana habían abierto los vecinos con una pala. De los aleros de los tejados colgaban carámbanos amenazantes como puñales; a los críos nos gustaba desprenderlos para chuparlos imaginando que eran deliciosos helados y al romperlos las manos se nos quedaban enrojecidas pero las metíamos en las oquedades de los sobacos y evitábamos la congelación de uñas y dedos. En el pueblo reinaba el silencio más absoluto, ni las ánimas del purgatorio se atrevían a caminar por las calles... ¡Dios mío, que frío hacía...!. Mi madre mandó al mayor de mis hermanos, ni rechistó, que subiera de la cuadra un "brazao de leña" y encendió una gran fogata en la chimenea de la cocina para mantener la casa caliente toda la noche. Sobre una cuerda, entre dos sillas, se secaba la ropa de los pequeños; debajo del basar en una enorme canasta de mimbre una gallina clueca rechonchota incubaba doce huevos.

Mi madre nos había preparado una deliciosa sopa de ajo con mucho, mucho, pan; no había donde elegir, aunque nosotros no le hacíamos ascos a nada y tampoco necesitábamos aceite de hígado de bacalao para abrir el apetito... ¡a nosotros el apetito nos llegaba solo...!. Bueno, a lo que iba, mi madre nos sirvió la cena en una gran artesilla de porcelana blanca con cantos ribeteados de azul y algo desportillada; lo cierto es que cenamos de rechupete. Cuando el reloj de la iglesia dio las ocho los críos, como cada noche, agachamos las orejas y acatando órdenes de la autoridad competente ¡nos fuimos a dormir! Recuerdo haberme puesto un precioso camisón de algodón blanco con unos bodoques rosa, regalo de mi prima Pepita, La de Casto, de Madrid...

Al calor de la lumbre y la tenue luz de una bombilla perezosa trasnochaban los contertulios habituales: el abuelo que picaba berzas para los animales, mi madre que desgranaba judías, nuestra ilustre vecina que buscaba calor familiar y mi padre empecinado en hacer hablar a un "arradio pedorro".

Con los pies ateridos, en camas de a dos, en alcobas sin ventana y con una cortina rayada por puerta, mis hermanos y yo escuchábamos, como si de un cuento de hadas se tratara, las maravillosas historias que mi "precioso" abuelo contaba... No sé si conocisteis a mi abuelo: era alto, enjuto, piel curtida, con una sonrisa siempre dispuesta... pero lo más característico eran sus ojos verdes como el musgo de la toba ¡tiernos como un recién nacido!, sus manos encallecidas por el duro trabajo... y esas palabras conciliadoras que utilizó como armas para enfrentarse a la vida y que le hicieron un hombre querido y respetado. Bueno pues el abuelo, deseoso de endulzar las amargas vidas de mis padres, gozaba cada noche contando historias fantásticas. Desde la cama se escuchó su voz que decía:

Cuando el mundo todavía no era mundo, el universo estaba poblado por dioses, los más principales eran Urano y Gea, los demás eran simples segundones: Caos dios del desorden y padre de Noche diosa del vacío y la sombra; Erebo dios de la oscuridad; Eros de la atracción sexual... Los dioses vivían "revueltos" sin prejuicios de sangre ni de otra índole. El suyo era un mundo de oscuridad y muerte hasta que de la unión de Noche y Eros nace Luz diosa de la ternura y del amor... Desde aquel momento el orden, la belleza y la alegría se apoderan del Universo porque Luz le imprimió un aire fructífero, alegre y positivo.

Con su influencia, decía el abuelo, Urano y Gea se enamoran y engendran la tierra y para protegerla crean la cúpula celeste. Todo era gozo y paz en el Olimpo de los dioses porque cada uno gobernaba en sus confines y nadie poseía afanes imperialistas, hasta que, pasados los siglos, el amor entre Gea y Urano cae en la rutina y Gea es infiel a Urano con Cronos dando lugar

a una cruenta guerra que finaliza con la expulsión de Cronos del Olimpo. Urano sufre de terribles celos llegando a odiar a sus propios hijos a los que pretende matar. Para protegerlos Gea manda construir un poblado de adobe blanco en la ladera de una montaña en un paraje recóndito. Para hacerlo inaccesible levanta una enorme muralla rocosa con peligrosos desfiladeros y presidida por peñascos esculpidos por los mejores artistas del Olimpo, serpenteada por un foso natural lleno de recovecos, pozos y remolinos por el que discurrirán las aguas cristalinas del río Escabas. Para acceder abre una tranquera en la muralla a la que llama "La Puerta del Infierno". Se trata de tres grandes agujeros en forma de puertas concatenadas excavados en la roca; desde allí se accede al poblado por un camino arriscado y un paisaje de extraordinaria belleza en forma de pasillo bordeado por un arroyo y un frondoso bosque de pinos, chopos y mimbrales. A la entrada del pueblo construye dos grandes torreones: El Cucurucho y el Castillo, custodiados por dos gigantescos titanes

En este lugar idílico bautizado con el nombre de Fuertescusa, Gea esconde y protege de la ira de Urano a todos sus hijos; para asegurarse de que ellos jamás traspasarán "La Puerta de Infierno" inculca en sus corazones el sentimiento del miedo diciéndoles que al otro lado están los dominios de Lucifer, al que describe como demonio de tres cabezas y al infierno como sima sin fondo del que es imposible el regreso....Como recordatorio en cada puerta pone un cartel. El Primero reza: atravesando esta puerta llegarás a la ciudad de las tinieblas. En la segunda: este es el camino hacia el dolor eterno y en la tercera: si sales olvida cualquier esperanza de retorno.

El abuelo hace un receso en la narración para beberse una copilla de aguardiente de Fresneda que le ofrece mi madre y dar un buen mordisco a la galleta recién cocida en la tahona de Alejandro...

Tras carraspear para aclararse la voz, prosigue la historia diciendo que pocos, muy pocos, osados se atrevieron a traspasar "La Puerta del Infierno" y los que lo hicieron jamás volvieron para contarlo. Los fuertescuseños vivieron generación tras generación en paz y armonía con espíritu solidario en ese enclave paradisiaco sin añorar lo desconocido Pero allá por el año de 1910 había un muchacho ;un poco loco! que se pasaba los días soñando: unos días que se encontraba una bolsa llena pepitas de oro; otros soñaba que comía deliciosos pastelillos rellenos de chocolate. Cada vez que se tumbaba "boca parriba" en la Era del Molino fantaseaba acerca de lo que habría detrás de los cerros que rodeaban el poblado... Quería ser un águila real para volar alto y dejar atrás aquel pueblo donde nunca sucedía nada. Una vez el maestro le enseñó un cuento lleno de historias fantásticas de aventureros y piratas que surcaban los siete mares... Desde entonces no tuvo más hacendera que leer y leer cuantas historias fantasiosas se contaban en los libros que el maestro le prestaba; eran relatos que despertaban su imaginación y que le hacían evadirse de su realidad absurda y sin alicientes... Los mayores decían que los libros le llenaban la cabeza de pájaros... pero a él le hacían sentir vivo.

Tras la muerte de sus padres, sin oficio ni beneficio, quedó pobre de solemnidad. Eso le salvó, pues, de haber tenido algo que perder no habría podido hacer frente al miedo que supone la pérdida de bienes materiales o afectivos que a tantos nos tienen sujetos como una maroma de la que no sabemos desatarnos y habría acabado siendo el "tonto del bote" (calificativo que se aplicaba a quienes de una u otra forma eran diferentes...) incluso podría haber muerto hartado de una vida absurda o quizás andaría desesperado...realmente loco de atar...

Pero no, la falta de ataduras fortaleció su espíritu aventurero, quiso hacer realidad sus sueños e irse a vagabundear. Se sintió fuerte, libre, audaz... Durante noches en vela sopeso la posibilidad de salir del pueblo... Las montañas eran una barrera infranqueable, por allí era imposible escapar; necesariamente debía atravesar "La Puerta del Infierno". La primera vez que lo intentó, al llegar a la primera puerta y toparse con el anuncio de la "ciudad de las tinieblas" se asustó ;eran palabras mayores...! retrocedió, y

tumbado en el jergón de lana de su alcoba se sintió cobarde por amilanarse ante un simple letrero. ¡Lo intentaría de nuevo...!

A la mañana siguiente volvió a meter "el hato" en las alforjas y recorrió el serpenteante camino entre mimbres y chopos. La noche en vela y la mañana clara le dieron el arrojo necesario para traspasar la primera puerta, pero al llegar a la segunda y leer la inscripción: "este es el camino hacia el dolor eterno", se amedrentó pues nada le atemorizaba más que el dolor físico y si este iba a ser eterno... habría que pensárselo dos veces... Deshizo el camino y de nuevo se vio acostado en el jergón, con una gran flojera de piernas e intestinos, pero un pensamiento le sobrevino: "¿qué era eso de dudar de sus posibilidades? si lo hacía estaba perdido, eso significaba renunciar a la ilusión ¡a la vida! " Decidió que debía pensar en positivo: Si quería ¡podía!

Al día siguiente hizo la tercera intentona, recorrió el mismo camino repitiéndose una y otra vez que era fuerte, valiente... ¡que el podía! Cuando llegó a los túneles atravesó el primero; lejos de encontrar tinieblas miró al cielo y sintió la caricia del sol naciente. Atravesó la segunda, en lugar de dolor sintió liberación de cuerpo y alma... y cuando fue a cruzar la tercera pensó en la posibilidad de no regresar... De nuevo se asustó; pero pensó que él solo quería conocer mundo, tener experiencias, hacer realidad sus sueños ¡vivir!; no renegaba de sus raíces ¡no!. Se aturdió por unos minutos que se convirtieron en horas. No quería renunciar a su pasado, amaba profundamente a su tierra, pero su espíritu necesitaba libertad. De nuevo un pensamiento le vino a la cabeza: "si no arriesgo no cambio, no gano... Si me aferro a la oscuridad de la noche me quedaré anclado en el miedo, nunca disfrutaré de la luz del sol, de la caricia del mar..." Con este pensamiento aspiró el último soplo de aire de su tierra y cruzó la última puerta... ¡había traspasado "La Puerta del Infierno"...

El abuelo enfatizó esta frase. Yo sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Me tapé los ojos con las manos y me acurruque en el regazo de mi hermana que dormía profundamente a mi lado. Escuché la voz de mi madre que preguntaba.: abuelo ¿se supo algo más de ese muchacho?

Y el abuelo contestó que a pesar de que la vida no le fue fácil, pudo hacer realidad sus sueños de libertad... Que lejos del pueblo vivió aventuras inimaginables: conoció el mar, recorrió el mundo y visitó los sitios más exóticos; vivió y trabajó en una gran ciudad y le gustó esa vida de ruidos y ajetreos... se sintió bien consigo mismo por haber luchado por su sueño... por no haberse resignado a vivir una vida que no era la suya... Pasados los años, cansado de la vida apresurada, de crearse necesidades innecesarias, de la falta de oxígeno y estrellas en el cielo... tendido en un cómodo sillón soñó que se convertía en cigüeña y que cada primavera regresaba sobrevolando "La Puerta del Infierno" para anidar en la torre de la iglesia.

Desde entonces sé que una de esas cigüeñas que nos visitan a principios de marzo es el alma del muchacho soñador